

SERVICIO DEL SOLSTICIO DE VERANO

1.- *Los asistentes cantan el Himno de Apertura (Tercera estrofa).*

2.- *El oficiante descubre el Emblema.*

3.- *El oficiante, desde el Estrado, pronuncia el saludo rosacruz:*

- Mis queridos hermanas y hermanos, que las rosas florezcan en vuestras cruces.

4.- *Los asistentes responden:*

- Y en la tuya.

5.- *El oficiante lee:*

Estamos en el Solsticio de Verano, la época en que la manifestación física sobre la Tierra alcanza su punto máximo.

Cada año, en el Solsticio de Invierno, penetra en la Tierra una oleada espiritual de vitalidad, con el fin de impregnar las semillas dormidas en el suelo helado, y de dar nueva vida al mundo en el que vivimos. Ese trabajo se lleva a cabo durante los meses de invierno, mientras el Sol pasa por los signos zodiacales de Capricornio, Acuario y Piscis.

Cósmicamente, el Sol nace la noche más larga y oscura del año, cuando Virgo, la Virgen celestial, aparece a medianoche en el horizonte oriental para dar a luz al Niño Inmaculado. Durante los siguientes meses, el Sol pasa por el violento signo de Capricornio, donde, místicamente, todas las fuerzas de la oscuridad se concentran con el frenético empeño de matar al Portador de la Luz, una fase del drama solar que,

místicamente, se representa mediante la historia del rey Herodes y la Huída a Egipto para escapar a la muerte.

Cuando el Sol entra en el signo de Acuario, el Aguador, en febrero, llega el tiempo de las lluvias y las tormentas. Y, así como el Bautismo consagra místicamente al Salvador para Su misión de servicio, así también, las corrientes húmedas que descienden sobre la Tierra, la ablandan y sazonan para que pueda producir los frutos que salvaguarden las vidas de quienes la habitan.

Luego, llega el paso del Sol por el signo de Piscis, los Peces. Por entonces, las reservas del año anterior ya se han consumido y el alimento del hombre escasea. Por eso tenemos el largo ayuno de la Cuaresma que, místicamente, representa para el aspirante el mismo ideal que cósmicamente representa el Sol.

Entonces se celebra el “carne-vale”, el adiós a la carne, pues todo el que aspire a la vida superior debe por esas fechas decir adiós a la naturaleza inferior, con todos sus deseos, y prepararse para la Pascua, que ya está próxima.

En marzo, cuando el Sol cruza el ecuador celeste y entra en el signo de Aries, el Cordero, la cruz se yergue, como un símbolo místico del hecho de que el candidato a la vida superior ha de aprender a abandonar el mortal ajetreo y comenzar el ascenso del “Gólgota”, el “lugar de la calavera”; o sea, a cruzar el umbral del mundo invisible. Finalmente, imitando el ascenso del Sol hacia los signos del cielo norteño para hacer posible, con sus cálidos rayos, la vivificación, en el suelo, de las semillas impregnadas por la oleada crística durante los meses invernales, el aspirante ha de aprender que su lugar está con el Padre y que, finalmente, tendrá que ascender a ese exaltado nivel.

Así que, en el tiempo presente, durante el período que culmina el 21 de junio, el Gran Espíritu de Cristo ha alcanzado el Mundo del Espíritu Divino, el Trono del Padre. Durante julio y agosto, mientras el Sol se encuentre en Cáncer y Leo, reconstruirá Su vehículo, con materia del Espíritu de Vida, que traerá al mundo y empleará para rejuvenecer la Tierra y a todos los reinos que en ella evolucionamos.

Sin esta anual oleada mística de energía vital del Cristo Cósmico, la vida física sería una imposibilidad. No podrían existir ni el pan ni el vino físicos, ni la tintura espiritual transubstanciada, preparada alquímicamente con la sangre del corazón del discípulo. La existencia

física es la escuela o laboratorio en el que aprendemos a transmutar el vil metal de nuestra naturaleza inferior en el esplendente brillo de la piedra filosofal y, con ello, a hacer posible nuestra liberación hacia esferas más elevadas en las que nuestro ideal, Cristo, ahora se encuentra.

Existen actores tras todas las manifestaciones de la naturaleza - inteligencias de varios grados de conciencia, constructoras y destructoras - que desempeñan papeles importantes en su economía. El punto medio del verano es el tiempo dedicado al deporte por los duendes de la tierra y entidades similares, que se ocupan del desarrollo material de nuestro planeta, tal como lo muestra Shakespeare en su obra “El sueño de una noche de verano.”

La semiinteligente acción de los Silfos eleva las finísimas partículas de agua evaporada, preparadas por las Ondinas, desde la superficie del mar, hasta lo más alto que les es posible, donde comienza la condensación y se forman las nubes. Allí las conservan, hasta que son forzados por las Ondinas a liberarlas. Cuando decimos que hay tormenta, realmente están teniendo lugar verdaderas batallas sobre la superficie del mar y en el aire; a veces, con la ayuda de las Salamandras, que prenden la antorcha del oxígeno y el hidrógeno separados, y lanzan su terrorífico dardo, que cruza en zigzag la celeste oscuridad, y al que sigue el rugido del trueno, que reverbera en la atmósfera, mientras las Ondinas, triunfantes, restituyen las gotas de lluvia, recién rescatadas, a la tierra, donde se reunirán con su elemento madre.

Los diminutos Gnomos son necesarios para construir las plantas y las flores. Su trabajo consiste en colorearlas con los innumerables tonos de color que deleitan nuestros ojos. Cortan también los cristales y forman las inapreciables gemas que brillan en las doradas diademas. Sin ellos no habría, ni hierro para nuestras máquinas ni oro para pagarlas. Están por doquier y las abejas no son más laboriosas. A éstas, por lo menos, se les reconoce el trabajo que hacen, mientras que los diminutos Espíritus de la Naturaleza, que desempeñan un papel tan inmensamente importante en la construcción del mundo, son completamente desconocidos, salvo por unos pocos, a los que se tilda de soñadores o de locos.

En el Solsticio de Verano, las actividades físicas de la naturaleza se encuentran en su cenit o punto álgido. Por eso la “Noche de San Juan” es el gran festival de las Hadas, que han llevado a cabo la construcción

del universo material, han alimentado el ganado, han nutrido el grano y celebran con regocijo y agradecimiento la cresta de la oleada de fuerza, que es su herramienta para colorear las flores en la asombrosa variedad de tonos, guiadas por sus arquetipos, y tintarlas con sus innumerables matices que hacen la delicia y la desesperación de los artistas.

Esa noche, la mas grande de la agradable estación veraniega, acuden, desde los pantanos y los bosques, las cañadas y los valles, al Festival de las Hadas. Y, realmente, cuecen y preparan su comida etérica, danzando luego, en éxtasis de alegría, por haber llevado a cabo, y con ello haber servido a la economía de la naturaleza, su importante tarea.

Es un axioma científico el que la naturaleza no tolera nada inútil. Los parásitos y los zánganos son una abominación. El órgano que se hace superfluo, se atrofia. Y otro tanto ocurre con el miembro o el ojo que cae en desuso. La naturaleza tiene trabajos que realizar y exige el esfuerzo de todos los que quieren justificar su existencia, y continuar formando parte de ella. Y esto es aplicable a las plantas y a los planetas, al hombre y a las bestias, lo mismo que a las Hadas. Éstas tienen también su trabajo que hacer. Son un pueblo activo y sus actividades son la explicación de muchos misterios de la naturaleza.

Deberíamos tratar de darnos cuenta de estas cosas concienzudamente y así poder apreciar esta estación del año, tan profundamente como nos fuera posible. ¡Qué terrible calamidad cósmica caería sobre nosotros, si nuestro Padre en los cielos dejase de proveer por nuestra existencia física y nuestro sostenimiento, cada año!

El Cristo del año pasado no puede salvarnos del hambre física, lo mismo que la lluvia del año pasado no puede empapar la tierra ni humedecer los millones de semillas que duermen en ella, en espera de que las actividades germinativas de la vida del Padre den lugar a su crecimiento; el Cristo del año pasado, ya no puede inflamar de nuevo en nuestros corazones las aspiraciones espirituales que nos impulsaron hacia arriba, lo mismo que el calor del verano pasado ya no nos puede calentar. El Cristo del año pasado nos dio Su amor y Su vida, hasta el último hálito, sin límite ni medida; cuando nació, en la Navidad última, dotó de vida las durmientes semillas que han crecido, y llenó así nuestros graneros con el pan de la vida física; prodigó sobre nosotros el amor proveniente del Padre y, tras agotar completamente Su vida, murió

en la Pascua, para ascender de nuevo hasta el Padre, como el río, por evaporación, sube hasta el cielo.

Ininterrumpidamente se está derramando el divino amor. Como un padre ama a sus hijos, así nos ama nuestro Padre celestial, porque Él conoce nuestra debilidad física y espiritual, y nuestra dependencia.

Aprovechemos las oportunidades que se nos ofrecen durante esta estación, de modo que el regreso del espíritu de Cristo el próximo otoño, nos encuentre más capaces de responder a las poderosas vibraciones espirituales que nos infundirá.

Concentrémonos ahora sobre el amor divino y el servicio.

6.- *Concentración.*

7.- *Los asistentes cantan el Himno de Clausura.*

8.- *El oficiante cubre el Emblema y pronuncia la*

Admonición de Despedida:

Y ahora, mis queridos hermanas y hermanos, al partir para volver a entrar en el mundo material, hagámoslo con la firme resolución de exteriorizar en nuestra vida diaria los elevados ideales espirituales que hemos recibido aquí, de modo que, día a día, nos hagamos más dignos de ser empleados como canales conscientes en la benéfica labor de nuestros Hermanos Mayores al servicio de la Humanidad.

* * *